

Una cultura política para la democracia real

José Antonio Crespo

En México estamos inmersos en un proceso de cambio político que apunta hacia la democracia, que desea llegar a la democracia, aunque aún no sabemos con precisión cuál va a ser el desenlace de estos cambios que hemos vivido de unos años para acá. Y no me refiero solamente al año de la alternancia sino también a los años previos que permitieron dicha alternancia; es decir, al proceso de transición política, con toda la incertidumbre que hay en medio del camino entre el abandono de un régimen político caracterizado fundamentalmente como autoritario, a una democracia plena, a la cual todavía no llegamos.

Hemos dado pasos importantes en la democratización, sobre todo en lo que tiene que ver con el acceso al poder, o sea las elecciones; pero falta mucho todavía por recorrer en otros aspectos centrales de la democracia, como es el ejercicio del poder, la capacidad institucional de llamar a cuentas a los gobernantes por la vía institucional, de forma pacífica, sin lo cual no se puede hablar de democracia. Que los gobernantes se vean obligados a rendir cuentas, no por voluntad propia sino por la sociedad, es un elemento esencial de la democracia, cuyas instituciones deben ser eficaces para que los gobernantes expliquen a la sociedad lo que hacen, lo que deciden, cómo utilizan el poder, cómo gastan los fondos públicos que se les otorgan para el cumplimiento de sus responsabilidades. Y la cultura política tiene aquí un papel fundamental. Es un lugar común decir: bueno, se requiere una cultura política democrática para que la democracia funcione adecuadamente y se consolide, para que llegue a buen puerto este proceso de cambio todavía incierto.

Y en efecto así es: cada régimen político requiere para su buen funcionamiento y consolidación de una cultura que le sea congruente. Así, hablar de cultura política es hablar de culturas políticas diferenciadas según el régimen en el que se mueven: tribales, monárquicas, dictatoriales, autoritarias, etcétera. ¿Qué quiere decir eso? Que las actitudes, las percepciones, las evaluaciones que hacen los ciudadanos (por lo menos la mayoría de ellos) deben ser acordes con el régimen político que se está viviendo, siempre que se desee que ese régimen político se fortalezca y prevalezca. Por ejemplo, en una monarquía tiene que haber una aceptación mayoritaria (legitimidad) de los ciudadanos hacia el monarca, amén de la convicción de que la monarquía es el gobierno más adecuado o por lo menos el necesario para los momentos en los que vive el país, pues sin esta legitimidad ese régimen eventualmente se va a debilitar, caer y a ceder su lugar a otro tipo de régimen político.

Lo mismo sucede con un régimen autoritario, dictatorial, de partido hegemónico o único: no puede sobrevivir si no hay una aceptación por parte de la mayoría de los ciudadanos en el sentido de que ese arreglo político es el más adecuado para alcanzar las metas nacionales. De otra manera no se explicarían, por ejemplo, los cerca de 80 años de vigencia del Partido Comunista de la Unión Soviética o los 70 años de hegemonía priista en México. Había una cultura política propia del régimen priista que le permitió al partido gobernante desplegar su dominación sin mayores dificultades. Desde luego, siempre hubo grupos reticentes, disidentes, opositores y hasta

revolucionarios, pero el régimen gozó casi siempre de la aceptación tácita de la mayor parte de la sociedad, y eso explica en buena parte su prolongación por setenta años, que no es poca cosa.

Pero la democracia requiere también de una cultura política que afiance sus fundamentos, principios y procedimientos, y aquí quisiera simplemente señalar una pequeña gran distinción sobre cómo concebir a la cultura democrática, pues puede haber equívocos que nos lleven a desperdiciar tiempo, esfuerzo y recursos en un sentido erróneo o, por lo menos, en uno que no ofrezca resultados palpables.

Hay una percepción bastante divulgada en el país de que la cultura democrática consiste en la internalización en los propios individuos o en distintos actores sociales —incluidos los partidos políticos y los propios políticos— de los valores clásicos de la democracia: la honestidad, la solidaridad, el altruismo, la ética, la capacidad de sacrificar y ceder intereses personales o particulares en beneficio de los intereses colectivos nacionales. Claro que eso suena muy bien y es políticamente correcto, pero resulta que esa no es la cultura que requiere la democracia. No porque no sea deseable, sino porque lo que pregona no existe en la realidad en ninguna de las democracias reales que hemos conocido a lo largo de la historia de la humanidad.

La democracia está diseñada justamente para dirimir de manera pacífica, civilizada y dentro de un marco de la mayor justicia posible, los conflictos de interés que hay entre individuos, grupos sociales, actores políticos, económicos y sociales, y entre los propios partidos políticos que buscan el poder partiendo precisamente de la premisa de que, en la abrumadora mayoría de los casos, no se van a ceder sus intereses particulares en beneficio de los colectivos, sino por el contrario, actúan buscando su propio interés, tratando de maximizar sus beneficios. Y ahí es donde surge el problema potencial de conflictividad que acepta varias soluciones, o por lo menos varias opciones para enfrentarlo.

El problema consiste en que si hay muchos actores que buscan una misma meta y no todos pueden conseguirla, surge algún tipo de conflicto entre esos actores, precisamente porque uno de ellos debe prevalecer por encima de los demás. Uno logrará la meta buscada y los demás quedarán frustrados. Y eso lo vemos, para poner un ejemplo cotidiano, en la lucha por las candidaturas dentro de los partidos en todos los niveles de poder. Y de manera más dramática, eso sucede en la búsqueda de la presidencia, dentro y entre los partidos, por la magnitud de lo que ahí se pone en juego: nada menos que el poder nacional. Por lo cual difícilmente alguien cede su lugar a otro voluntariamente, pues prevalece el interés particular, primero de los precandidatos y después de los partidos, por conquistar algo que es sumamente apetecible para individuos y partidos: el poder. Y vemos claramente cómo prevalece esa posición de intentar satisfacer el interés personal antes que el de los otros. Y lo podemos ver también con los sindicatos, las empresas, los medios de comunicación y otros actores sociales. Todos ellos salen a defender con toda su energía sus respectivos intereses, independientemente de que eso provoque un perjuicio social a nivel estatal o nacional.

Justamente la democracia tiene un diseño institucional que parte de esa premisa, y precisamente busca dirimir esos intereses en conflicto entre distintos actores sociales, políticos y económicos; pero de tal forma que se puedan solucionar pacífica y civilizadamente, sin causar grandes daños a la sociedad y dentro de un juego lo más equitativo y justo posible, que nunca es posible completamente.

Entonces, si la democracia se concibe como esta fórmula que no niega ni pretende borrar los intereses particulares de sus miembros sino solamente permitir que se diriman de manera

equitativa y civilizada, ¿cuál es la cultura democrática que corresponde al fortalecimiento y la consolidación de ese régimen? No es la internalización de valores altruistas, éticos, de solidaridad, honestidad a toda prueba, porque eso es prácticamente irrealizable, por lo menos para la gran mayoría de los ciudadanos y los actores sociales. Las excepciones son tan pocas que no pueden dar lugar a una pauta general, ni de análisis ni de funcionamiento práctico. Luego entonces, de lo que se trataría en la divulgación de una cultura democrática eficaz sería, en primer lugar, de hacer comprender precisamente los mecanismos propios de la democracia, su mecánica institucional, las bases sobre las cuales este régimen actúa en la realidad y no en una percepción romántica e idealizada. A partir precisamente de la experiencia que podemos obtener de otras democracias reales en otras partes del mundo y otros momentos históricos, hay un elemento racional de comprensión lógica, de conocimiento, de información sobre cómo funcionan las democracias en la realidad, no en la imaginación de las buenas conciencias o de los proyectos utópicos.

En segundo lugar, el componente valorativo o evaluativo de la cultura democrática radicaría en la convicción por parte de la mayoría de los ciudadanos de que la democracia, con todas sus imperfecciones, límites y errores (considerando que no hay democracia perfecta) es mejor que otros sistemas políticos. Es decir, es el paradigma de Churchill, reconociendo los defectos de la democracia y concluyendo que es la peor fórmula de gobierno, salvo todas las demás.

Cuando los ciudadanos llegan a la conclusión de que la democracia —con todo y sus límites y sus problemas, con todo y el reconocimiento de que no va a abatir completamente la corrupción ni el abuso de poder, con todo y que no va a ser totalmente justa ni equitativa en la contienda por el poder— es preferible a otras formas de gobierno, de que con ella salimos ganando como ciudadanos más que con un régimen autoritario o dictatorial, o también frente a la anarquía, es entonces que se puede decir que se ha dado el paso decisivo, en términos de cultura política, para que esa democracia —aún siendo incipiente y frágil, como la mexicana— tenga un fundamento que le facilite consolidarse, fortalecerse y prevalecer frente a tentaciones anárquicas que quieran incurrir en la violencia, animadas quizá por ideales respetables pero no por vías democráticas. Es también entonces cuando la democracia puede prevalecer también frente a la tentación de volver a un régimen autoritario que se percibe como más eficaz aunque sea más abusivo. No creo que hayamos llegado todavía a ese punto, pero en muchas democracias incipientes sí ha ocurrido y no tiene por qué no ocurrir en México.

Estamos también en un proceso de transición en materia de cultura democrática, hacia un sentido quizá más pragmático, para simplemente entender la democracia, sus límites, sus beneficios, y para aceptarla por encima de cualquier otra alternativa de gobierno (o desgobierno). Creo que parte de lo que tienen que hacer los agentes encargados de la socialización democrática es convencer a los ciudadanos de ello, de que la democracia, a final de cuentas, es la mejor opción que podemos tener, es donde el ciudadano paga menos costos respecto de otras alternativas políticas.

Claro que en la difusión de esa cultura democrática están involucrados muchos agentes y no solamente los institutos electorales, que desde luego comparten esa responsabilidad, pero el paquete es demasiado grande para que solamente la autoridad electoral pueda generar esa cultura política. Esa responsabilidad es de los propios gobiernos a través del sistema educativo formal e informal, de los medios de comunicación, de los propios partidos políticos y de diferentes agencias de socialización indirecta (familia, iglesias, sindicatos, lugares de trabajo, empresas). Además, esta tarea no consiste solamente en la prédica teórica y mucho menos en la prédica

moral; se tiene que construir a partir de los hechos, la práctica y los comportamientos reales dentro de esas instituciones, de la forma en que ahí se toman las decisiones, del hecho de que se respeten las reglas del juego democrático, de lo cual, a nivel nacional, ya tenemos un precedente muy importante en el 2000. Pero es solamente un precedente y las instituciones se fortalecen a partir de varios precedentes, no sólo de uno. De tal forma que falta tiempo, falta más práctica, más vivencia de la democracia para que los ciudadanos lleguen por sí mismos a la conclusión de que la democracia es la alternativa política menos mala, independientemente de lo que puedan decir los actores políticos, los medios de comunicación, el profesor de la escuela o la autoridad electoral.

Independientemente de este discurso prodemocrático, de lo que se trata es que la propia práctica política lleve a cada uno de los ciudadanos (o por lo menos a la mayoría) a la conclusión — asumida interna y genuinamente por cada uno de los ciudadanos— de que efectivamente la democracia es —pese a todos los errores, pese a todos los faltantes— el arreglo político-institucional menos malo de la gama de opciones posibles en materia de gobiernos y sistemas políticos. Cuando se llegue a este punto, entonces ya habremos dado un paso fundamental para la consolidación de nuestra frágil democracia. Se tiene que llegar eventualmente a la conclusión de que la democracia, siendo perfectible, es imperfecta y que nunca va a ser perfecta, pero que, sin embargo, es preferible tenerla a no tenerla.